

María Elena Leuzzi es mamá de Candela, una joven que fue violada salvajemente hace cinco años.
Ayuda a víctimas de delitos sexuales
Una 'madre coraje' lucha contra los violadores

Creó la Asociación de Ayuda a las Víctimas de Violación (AVIVI), una entidad que atiende las 24 horas y da cobertura legal y terapéutica a quienes sufren delitos sexuales.

POR SERGIO LIMIROSKI - FOTOS: MARIO PAGANETTI

El teléfono suena casi sin detenerse en la modesta casa de María Elena Leuzzi, ubicada en Versailles. La mujer atiende los llamados, mientras su hija Candela intenta que su pequeño Nicolás, de 17 meses, no le rompa los útiles escolares que tiene en su mochila.

Es una tarde más en el barrio de casas bajas ubicado en la zona norte del Gran Buenos Aires. Sin embargo, en el hogar de la familia Leuzzi las tardes ya no volvieron a ser las mismas después de aquel 10 de abril de 2001.

Ese día, a las diez de la noche, Candela descendió del tren, como lo hacía siempre, cuando volvía de la facultad -estudiaba derecho en la UBA-, en la estación Versailles. Allí fue abordada por un hombre que a punta de revólver la subió en su auto y la sometió de una manera atroz.

Golpeada, violada y ensangrentada, la joven de 22 años fue arrojada del coche casi moribunda.

Cuando María Elena se encontró con su hija en la comisaría, en ese estado, cayó primero en la desesperación, pero luego comenzó su incansable búsqueda.

“Queríamos encontrar justicia, tuvimos que golpear muchas puertas y necesitábamos de asesoramiento para ver que hacer en estos casos aunque no encontrábamos respuestas”, señala a La Prensa.

Se presentó en la fiscalía, caminó comisarías, trató de que su hija tuviera la mejor contención posible. Sola, junto a su marido, logró que finalmente la justicia respondiera y diera con el agresor.

“A los 13 días de haber violado a mi hija, fue detenido. Venía violando desde el año 98. Actuaba con dos víctimas en cada lugar: dos en Virreyes, dos en Martínez, dos en Olivos, dos en Belgrano, dos en Tigre, dos en Pacheco, dos en Pilar, dos en Maschwitz, dos en Campana. En total se le comprobó la violación de 75 chicas”, recuerda la mujer.

El nombre del violador es Javier Emilio Posadas, un ex jefe de relaciones públicas de una conocida disco. En junio de 2003 comenzó el juicio oral y público en el Tribunal de San Isidro.

ATAQUES PROGRAMADOS

En duras audiencias, las víctimas dieron cuenta de las pesadillas a las que las había sometido Posadas. “Las golpeaba y abordaba de la misma manera, era un tipo muy inteligente que actuaba de forma como programada”, comenta Leuzzi.

Candela prefiere retirarse de la mesa y refugiarse en su cuarto, con las travesuras y caricias que le hace Nicolás. María Elena toma un mate y sigue con el relato.

“El parecido de las chicas que violaba era increíble, era algo que no se podía explicar el fiscal que llevaba adelante los reconocimientos. Todas de tez blancas, menuditas, rubiecitas, empleadas de supermercados, como Candela. Era un violador muy inteligente, iba a hacer compras para el boliche a los super y las observaba y marcaba a la que le gustaba”.

El 23 de junio de 2003 el tribunal sentenció a 28 años de prisión a Posadas, un fallo inédito por la cantidad de años a la que fue condenado un violador.

La experiencia que vivió le hizo conocer a Leuzzi el vacío que había y todavía hay desde el Estado y la Justicia a la hora de perseguir a estos agresores y de contener a las víctimas.

“Yo a Candela la había traído al mundo y de alguna manera me sentía en falta si no la podía ayudar a que pagara quien la había dañado”, cuenta la mujer.

La necesidad de ayudar se cruzó con la de muchísima gente que buscaba una respuesta para abordar esta problemática. Leuzzi esa tarde tras salir del tribunal enfrentó a las cámaras de TV y dio su teléfono ofreciéndose a ayudar a las familias que padecían la misma situación.

“A las pocas horas tuve más de 200 llamados. Me di cuenta que mucha gente vivía en silencio lo que yo había vivido desde que ultrajaron a Candela. Me pedían que los ayudara, los asesorara”. Fue así como Leuzzi junto a un grupo de padres decidió fundar la Asociación de Ayuda a las Víctimas de Violación (AVIVI), una entidad que brinda ayuda legal y terapéutica a quienes son víctimas de delitos sexuales. La sede está en la misma casa de la familia.

“En algún momento, durante el juicio nosotros creíamos ser los únicos 75 padres que teníamos hijas violadas pero nos dimos cuenta que había por lo menos 75 por barrio”.

EL REGISTRO

Una de las primeras cuestiones por las que luchó la Asociación fue lograr que en las comisarías se abriera un registro de las violaciones que eran denunciadas.

También cuenta que comenzaron a dar charlas a los policías, a asesorarlos en una materia que cree muchas veces por desconocimiento terminaban actuando mal o con desidia.

Desde la creación de AVIVI, Leuzzi y sus compañeros asistieron a unas cinco mil víctimas.

Aunque el número da escalofríos, María Elena entiende que no hay un crecimiento en los casos de violación.

“Lo que pasa es que ahora la víctima se está animando a hablar y el familiar ya no esconde el problema, no le da vergüenza tener un familiar violado”, señala.

“Las mujeres -agrega- están tomando conciencia de que no deben permitir que las parejas sometan a sus hijos. Muchas veces se callaban por miedo, porque no tenían adonde ir, porque la pareja les daba un plato de comida”.

Leuzzi da cuenta de que en su mayoría los abusos sexuales son intrafamiliares, con mayores que abusan de menores. “Es más bajo el porcentaje que tenemos de denuncias de violadores ocasionales, de la calle. El problema es que este tipo de delitos, en el que están en juego es el más difícil de desentrañar porque cuando el menor se animó a hablar hace varios años que ya es sometido”.

La responsable de AVIVI dice que siempre el menor está atemorizado y, cree, que aunque no le guste, como el sometimiento lo hace el papá, el abuelo, el tío o un hermano mayor, es normal y aunque le duela, acepta porque es alguien de su familia.

EN LAS ESCUELAS

Leuzzi resalta que además de las denuncias que hay que hacer, lo único que se puede fomentar para que estos delitos tengan castigo y también bajen es trabajar con prevención

“Hoy se nota mucha ausencia en los colegios a la hora de hablar de sexualidad. No se puede enseñar a un chico a sumar y restar solamente, hay que enseñarle desde chico cuales son sus zonas permitidas y cuales no, que tiene derechos. Hay muchas técnicas para enseñarle que aprenda a decir ‘no’ cuando un adulto lo está dañando”.

La mujer resalta que es importante contar con personal capacitado en las escuelas para detectar estos casos. “Hay puntos claves que los chicos manifiestan en silencio que algo les está pasando”, expresa.

Leuzzi atiende un llamado y muestra un cuaderno de tapas amarillas donde lleva anotadas las denuncias por abusos que ya tienen vía legal. En lo que va del año va por la número 104. La última provino de Puerto Deseado.

Una de las cuestiones difíciles de resolver es cómo hacer para que tras una violación, la víctima y su familia vuelvan a tener una vida normal. El trabajo es arduo y doloroso. La familia Leuzzi lo vivió en carne propia.

“Los primeros seis meses no entendíamos nada pero al menos teníamos la cobertura de la obra social. Igual no hay mucha ayuda, por ejemplo las ART no lo tienen como accidente de trabajo”, comenta la titular de AVIVI.

La casa de los Leuzzi se ubica en una primera planta, sobre una esquina. Abajo hay un local con sus persianas bajas. Era el mercadito propiedad de la familia, que debió cerrar sus puertas para costear la recuperación de Candela.

“La obra social no le cubrió todas las operaciones que debía hacerse porque tuvieron que reconstruirle la zona genital”. La joven había sido lastimada con el hierro del revólver del violador.

VOLVER A EMPEZAR

“Nos fuimos quedando sin nada, fuimos vendiendo todo, pasamos hambre. Pero no importa porque salvamos a nuestra hija. No tiene más infecciones urinarias, tiene una uretra reconstruida”. El esposo de María Elena tuvo que operarse del corazón y ella dejó de tener una visión de lince y hoy usa gruesos anteojos. “Esta situación nos regaló enfermedades que no teníamos, fue un disgusto muy grande”.

Dice que vivieron al filo de la navaja durante seis meses “porque no sabés si tu hija va a vivir o no va a vivir. Peleábamos para que viviese y ella para morirse más rápido”.

Al quedarse sin obra social Candela ya no pudo atenderse más en el sanatorio y comenzó un peregrinar por distintos hospitales. Tuvieron que pelear para conseguir los medicamentos que necesitaban.

María Elena cuenta que su hija hoy está bien, trabajando con ella en la Asociación, aunque hay muchas noches en que sufre sus pesadillas. “Si está mal y un día no quiere salir lo respetamos, pero al otro día queremos que se levante. Ella sabe que hay mucha gente que la necesita de pie”. Candela sale del cuarto con su hijo en brazos. Primero se niega a las fotos, pero luego acepta. Junto a María Elena baja las escaleras de la humilde casa. Se paran en la esquina de calle y sonríen al ver las monerías de Nicolás. Da la sensación que a pesar de todo, los Leuzzi se aferraron a la vida.

AVIVI BRINDA SU AYUDA DURANTE LAS 24 HORAS

El trabajo de AVIVI es realizado por un grupo de padres de víctimas y de profesionales que se encargan del asesoramiento para hacer las denuncias pertinentes y de la contención de las personas que sufren los abusos.

María Elena pide durante la nota que por favor se nombre a los profesionales. “Es lo único que les puedo regalar porque no reciben dinero alguno lo hacen todo ad honorem”, cuenta Leuzzi. Los abogados de AVIVI son Lisandro Yufre, Lucas Curtado, Gustavo Trienstra, Silvia Wexel y Mónica Pérez. Y el grupo de psicólogos lo integran Alicia Rossi, Isabel Nieto y Sandra Vilarín. AVIVI atiende las 24 horas, comenta María Elena. “El teléfono es el de mi casa así que lo atiendo yo o alguien de la familia, lo importante es brindarle una ayuda a la hora que sea”, agrega.

ACOMPañAR

La entidad una vez que recibe el llamado hace el acompañamiento de la víctima en la denuncia ante la comisaría o la fiscalía y le da la medicación que necesita.

“Después de la primer contención con el psicólogo, cuando la víctima está más relajada, al cabo de cuatro o cinco días, la seguimos visitando y viendo cuales son las necesidades de ese momento y la ponemos en contacto con alguno de nuestros abogados, de acuerdo a la zona”, explica Leuzzi.

Por el tipo de trabajo que hacen, los miembros de la entidad civil han tenido que aprender algunas técnicas para no ser afectados por las historias que conocen.

“Gracias al grupo de psicólogos hemos aprendido a separar, a no hacernos carne, a ayudar a las víctimas en todo lo que podemos pero cruzando la vereda, porque si nos involucramos mucho no podemos soportar tanto dolor”, expresa Leuzzi.

Según el relevamiento de AVIVI entre las zonas donde más suelen aparecer los ataques de violadores figuran Belgrano y Núñez en Capital, y en el conurbano la zona sur, en localidades como Quilmes, Berazategui, Lanús y Avellaneda.

EL PERFIL

En cuanto al perfil que suele tener el violador, Leuzzi dice que no suele ser delatado por mal aspecto. “La gente tiende a desconfiar de uno que está con arito, pelo largo y visera”.

“Pero por lo general el que ataca es el que viene con un maletín, corbata, unos mocasines, una campera de cuero. No conocemos un solo caso de un violador que sea cartonero”. Leuzzi sí conoce a violadores cuyas profesiones eran médicos, abogados o contadores.

La mujer opinó que los violadores como el que atacó a su hija no deberían volver a salir de la cárcel. “Por lo que he visto no tienen cura. Tendrían que estar encerrados, cuidados y haciendo alguna actividad para la sociedad, pero no pueden volver a tener contacto con ella”, expresó.

Quienes necesiten o quieran contactarse con AVIVI pueden hacerlo al teléfono 4890-0672. La entidad también recibe donaciones que necesita para su supervivencia a la cuenta del banco Provincia, sucursal 5095 cuyo número es 50117/6.